



Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario -Ciclo B

10 de octubre de 2021



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Sabiduría 7, 7-11 *En comparación de la sabiduría, tuve en nada la riqueza*

El libro de la sabiduría, último del antiguo testamento, ha recibido el reconocimiento tardío de ser escrito por el rey Salomón de quien siempre se ha hecho elogio de su sabiduría. Aunque el texto encierra un cántico que exalta la sabiduría en su grandeza sobre todas las riquezas, también es verdad que el rey Salomón no se caracterizó propiamente por la pobreza y aunque se recuerda permanentemente su sabiduría, también es claro que la riqueza desvió su corazón. Por fortuna el último verso del texto recupera la intención del escritor: «Con ella [la sabiduría] me vinieron a la vez todos los bienes y riquezas incalculables en sus manos». Poco antes, el escritor proclama que alcanzó la sabiduría por la súplica dirigida a Dios, indicando con ello que este don proviene solo de Él.

Salmo 89,12-13.14-15.16-17

Sáncianos de tu misericordia, Señor. Y toda nuestra vida será alegría.

Este salmo plantea la pregunta por la caducidad del hombre y el sentido de su existencia, delante de aquel, Dios, que vive eternamente. Con la frase «enséñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato» el salmista pone al creyente ante la más inexorable frontera de la existencia: la muerte. Esta es la pedagoga que ayuda a enderezar el corazón hacia lo que es verdaderamente importante. «Sáncianos, Señor, de tu misericordia y toda nuestra vida será alegría y júbilo», representa la esperanza del creyente de saberse escuchado por Dios en quien se halla la verdadera dicha, y por quien se alcanza la sabiduría necesaria para vivir.

Hebreos 4,12-13 *La palabra de Dios juzga los deseos e intenciones del corazón*

Al escritor de la carta a los hebreos le interesa dar un sitio de honor a la Palabra de Dios. Siendo de Dios es Palabra viviente y realiza su voluntad. Unida como está a la sabiduría divina, penetra el ser del hombre: cuerpo, alma, espíritu, es decir, penetra hasta lo más profundo, hasta lo más íntimo del ser. Es como la mirada de Dios que llega hasta lo recóndito del ser humano, no para acusar y desatar sobre él su ira, sino que, proviniendo de Dios, es mirada de Padre, pastor y buen Samaritano, y por lo mismo Palabra que salva. Porque conoce hasta lo más profundo ama, y porque ama salva.



Marcos 10,17-30 *Vende lo que tienes y sígueme*

Un rico glosario de verbos encabeza la enseñanza de Jesús, toda ella referida en primer momento a la tradición judía y posteriormente a la novedad de Jesús. Alguien sale al paso del Señor, se acerca (corriendo) se infiere su prisa, se arrodilla (acto de veneración), pregunta. La pregunta por el qué hacer para alcanzar la vida eterna es una cuestión que, en el libro de Daniel, el judío corriente había ya respondido «En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran jefe que defiende a los hijos de tu pueblo. Será un tiempo de angustia, como nunca lo hubo desde que existieron las naciones hasta el día de hoy. Entonces serán salvados todos aquellos que estén inscritos en el libro. Muchos de los que duermen en la región del polvo se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el horror y la vergüenza eterna.» (Dn 12, 1-2). Una mirada así angustiante era común al preguntarse por el destino de los justos y de los pecadores. Claramente Jesús funge como maestro y responde con cinco verbos en modo imperativo: anda, vende, dalo, ven, sígueme. Para el judío corriente y aún más para el estudioso de la ley y el fariseo, la clave de la vida eterna está en el cumplimiento de la ley, sin embargo, en Jesús hay un nuevo camino. Él mismo es el camino y si se trata de vida, Él es la Vida. (Cfr. Jn 14,6). El rasgo descrito de la mirada de Jesús no es un detalle de menor valor. El cambio de paradigma al que llama el Señor está atravesado por el amor. Jesús desafía a su interlocutor al amor salvífico del Padre del cual Él es presencia para la humanidad. Como en la escena de la elección de Leví, el Señor mira con misericordia, elige y llama a su seguimiento (Mc 2,14), pero, a diferencia del primero, éste se levanta y le sigue. El poder de las posesiones sobre la persona, enseña el Señor a quienes abundan en riqueza, esclaviza, ata y cierra a la salvación, aun así, se cumpla fielmente la ley de Moisés.



II. PISTAS HOMILÉTICAS

La mirada de Jesús, la ternura del Padre (Mc 10, 17-30)

Hace unos años leí la obra del escritor portugués José Saramago, «Ensayo sobre la ceguera». Es uno de esos libros que hay que leer varias veces para comprender la curiosa metáfora que usa para demandar la ceguera social y la apatía o el provecho ante la necesidad del otro. Se trata de una pandemia de pérdida de la visión en donde no hay oscuridad sino ausencia de noche o ceguera blanca, que llega a ser en la obra, figurativamente, una ceguera en la que todo es claro. **Sorprende pensar en una ceguera para cuyos pacientes el día dura para siempre.**

Saramago no improvisaba, siempre dejaba resquicios para nuevos análisis. Hoy, por ejemplo, resulta provocador leer su obra a la luz de la pandemia y sus efectos en el orden político internacional. Pero no es este el tema que nos ocupa sino **el encuentro de Jesús con un joven rico** en un camino cualquiera de su peregrinar misionero. Nos lo narra este domingo san Marcos en el capítulo décimo de su Evangelio. Se trata de un joven bueno, cumplidor de la ley, se podría decir **un joven sin tacha, un joven como muchos de nuestros jóvenes que busca en Jesús respuestas al sentido de su existencia.** Es claro que ni la abundancia de riquezas, ni el cumplimiento fiel de la ley, le habían dado plenitud a su vida. Por eso se acerca, se arrodilla y pregunta al Señor «Maestro bueno **¿Qué haré para heredar la vida eterna?**» La respuesta del Señor y su llamada a seguirle son claras, no admiten dudas. Pero hay allí un detalle fundamental: su respuesta está acompañada de una mirada que no es otra que la mirada profundamente amorosa de Dios por el ser humano. El Texto dice «**Jesús se quedó mirándolo, lo amó** y le dijo: “Una cosa te falta, anda vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo y luego **ven y sígueme**” ».

Aquel joven, para quien todo estaba solucionado, para quien todo era aparentemente claro, para quien las grandes verdades de la fe judía no lo dejaban ver otros mundos posibles, se marchó pesaroso. Tenerlo todo tan claro, obnubila la mente e impide comprender desde las más sutiles hasta las más evidentes expresiones del amor.

La ceguera blanca es una metáfora que ayuda a cuestionar nuestras seguridades teológicas a la vez que desnuda **la languidez de una fe que se cierra al amor de Dios que mira amando y amando elige y llama.**

El joven rico tenía puesta su seguridad en la riqueza y no en Dios. Eso mismo le llevó, -por lo que el relato deja entrever-, a creer imposible salir de sus bienes para repartir su dinero a los más pobres. Y, en tercer lugar, su deseo de poseer la vida eterna no contaba con seguir a Cristo y hacerse discípulo suyo; por eso se fue triste.

El hombre de esta parábola está ausente de la sabiduría de Dios que está por encima de toda riqueza, según lo leímos en la primera lectura, lo mismo que de la sensatez proclamada por el salmista para calcular los años de la vida frente al proyecto de Dios. Sin embargo, para nosotros hoy, el autor de la carta a los hebreos nos advierte con esperanza que la Palabra de Dios, por ser viva y eficaz, estará siempre a la puerta de nuestra vida con la intención y el poder de convertir, desde lo más profundo, nuestros pensamientos y hacer prósperas las obras de nuestras manos.

En la Eucaristía el Señor nos mira y con amor nos habla al corazón. Hoy cabe preguntarse por nuestra respuesta. ¿Cuántas veces hemos recibido el llamado a la conversión, a posponer lo que da seguridad (eso que se constituye en riqueza y maniatada y esclaviza) y dar el primer lugar a la oferta de la libertad y la plenitud que ofrece el Señor? ¿Cuántas veces nos habremos marchado pesarosos pero seguros en lo que se apolilla y corroe?



III. SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición inicial

Hermanos, bienvenidos a la Eucaristía. Como en Galilea, el Señor resucitado nos congrega, ahora en asamblea litúrgica, para celebrar el memorial del Misterio Pascual que alcanzó para nosotros la salvación.

Cada domingo damos gracias a Dios Padre por este misterio de redención, proclamamos su grandeza, reconocemos su presencia en medio de nosotros y esperamos en Él, pues su misericordia es infinita. Celebremos con fe y alegría la Santa Misa.

Monición a las lecturas

Las lecturas que escucharemos revelan lo verdaderamente importante en la vida del creyente para alcanzar la eternidad: la sabiduría, la sensatez, la caridad y el discipulado. Escuchemos con atención.

Oración de fieles

Presidente: Hermanos, dirijamos nuestras oraciones a Dios, Padre misericordioso, cuya sabiduría es infinita y cuya generosidad abraza a todos los hombres.

R/. Señor, ten compasión de tus hijos.

1. Te pedimos, Señor, por el Papa Francisco, para que, como al rey Salomón, lo colmes de la sabiduría necesaria para guiar a tu Iglesia por el camino de la verdadera vida.
2. Te suplicamos, Dios, por la Iglesia entera, para que sea dócil a la escucha de tu Palabra y por ella se mantenga en continua conversión hacia los bienes espirituales necesarios para alcanzar la vida eterna.
3. Te pedimos, Señor, por todos los hombres, para que, dando el justo valor a los bienes de este mundo, anhelemos con mayor empeño los bienes del cielo y nos mantengamos en camino discipular detrás tu Hijo Jesucristo.
4. Danos, Señor, la sabiduría, la sensatez y la caridad necesarias para que viviendo en el mundo nuestra mirada esté siempre puesta en el cielo y en tu reino.
5. Sana, Dios de la vida, a los enfermos y a quienes sufren en su cuerpo y en su alma y fortalece a todos los que procuran preservar y cuidar la vida.
6. Te damos gracias, Señor, por las personas que se esmeran por hacer el bien y por todos aquellos que practican la justicia. Que, con ellos, nos veamos libres de la corrupción, del vandalismo y de toda obra que proviene del Maligno.

Presidente: Tú, Señor, que en Jesucristo nos enseñaste a pedir sin desfallecer, atiende las súplicas que te hemos dirigido y no ceses de llamarnos a la conversión si nuestra vida se desvía. Por Jesucristo, nuestro Señor.